

jefes, dejó una viuda joven llamada Alung-Goa, que estando embarazada algunos años después, aseguró que penetrando un rayo de luz por el techo de su cuarto durante su sueño, se había transformado en un hermoso joven, que la había hecho madre de tres hijos. Estos fueron origen de una serie de reyes y de héroes, entre los cuales sus cantores celebraron particularmente á Cubilay, terror de los chinos. Su voz resonaba como el trueno en las montañas, sus manos, como las de un oso, dividían á un hombre en dos cual si fuese una flecha: durante el invierno se acostaba desnudo cerca de una hoguera, sin sentir las chispas, ni los tizones que saltaban sobre su cuerpo, y por la mañana creía que le había picado algún insecto. A su vuelta de la China fué asaltado por los mongoles de la tribu de Durban; los pocos hombres que le seguían fueron dispersados, y él mismo quedó reducido á huir hacia un estanque, donde se metió su caballo hasta el cuello. Cubilay saltó de la silla y salió del pantano: entonces los durbanes, desdeñando perseguirle, se alejaron diciendo: *¿Qué puede hacer un mongol desarzonado?* El rumor de su muerte se divulgó por todas partes; pero apenas se habían retirado los enemigos, asió su caballo por la crin, le sacó del fango, y volvió á donde estaban los suyos, llevándose por delante una multitud de caballos que pertenecían á la tribu enemiga.

Gengis-kan.—De un nieto de Cubilay nació Temuchin (1164), que no teniendo más que trece años, sucedió á su padre en el mando de las hordas. Sin embargo, á algunas les pareció indigno obedecer á un mancebo, lo cual, á pesar del valor de su madre, le redujo á penosos apuros. Hasta fué preso por sus enemigos y se salvó con trabajo, metiéndose en un estanque y sacando solo la nariz fuera del agua. Otra vez cayó con la garganta y la boca atravesadas; pero un amigo, haciendo derretir nieve en piedras enrojecidas, le quitó la sangre cuajada en sus heridas y le volvió la respiración; mientras otro tenía toda la noche su manto estendido con sus brazos encima del herido para mantenerle á cubierto de la nieve que caía en espesos copos. Estos dos amigos obtuvieron el privilegio de *terkan*, en virtud del cual estaban exentos de toda carga, podían acercarse al príncipe libremente, y cometer impunemente ocho delitos.

El valor personal de Temuchin tardó muy poco en proporcionarle súbditos y aliados (1203); habiéndose confederado con Ong-han, jefe de los keraitas y cristiano (*Preste Juan*), alcanzó muchas victorias sobre las hordas tártaras, que se ligaron en vano para oponerse á sus progresos. Temuchin sometió después á los keraitas, y el cráneo de su kan, convertido en copa, espantó á sus enemigos. Entonces tocó el turno á los tártaros, la más rica de las naciones al norte de la China, que fueron exterminados sin distinción, habiendo prohibido Temuchin otorgar perdón á nadie. Su nombre sobrevivió, no obstante, y hasta fué aplicado á sus

vencedores, á imitación de los chinos que llamaban tártaros á todos los nómadas del Norte. Este nombre se propagó en Occidente, aunque los mongoles lo repudiaran todavía como perteneciente á los vencidos.

Empleando recompensas para sus amigos y castigos para sus enemigos, Temuchin prometió á los unos una parte del botín, al par que aguardaban las calderas de agua hirviendo á los que se atrevían á resistirle. Entonces pudo dirigir su ávida mirada á la China, comarca tan rica por la naturaleza como por la industria. Pero antes de emprender nuevas conquistas resolvió tomar un nombre digno del jefe de todos los tártaros nómadas. Habiendo, pues, convocado á los jefes de las tribus cerca de las fuentes del Onan (1206), hizo enarbolarse un estandarte formado de nueve colas de bueyes blancos; y Ghukju, adivino que gozaba de gran nombradía, anunció en nombre del cielo que el título de *gur-kan*, es decir, de gran kan, no era ya bastante para Temuchin, y que debía tomar el de *gengis-kan*, ó kan de los poderosos. Cumplía cuarenta y dos años cuando fué saludado con este nombre.

Si este adivino se lisonjeaba de aumentar así su crédito y su autoridad, no conocía cuán poco dura la gratitud de los grandes, luego que la necesidad ha pasado. Enojado Gengis-kan de sus predicciones le espulsó y le quitó la vida: luego continuó sus expediciones al Tángut (1209), es decir, al norte del Chen-si, sometiendo á los kirguisos, á los kem-kem-yutos, á los uiratos y á los uigueros (1213). Envalentonado con sus triunfos, invadió la China septentrional: noventa ciudades fueron tomadas por asalto ó por hambre; y como conocía todo el respeto de los chinos hacia los autores de sus días, colocó al frente de sus columnas á los ancianos prisioneros. Muy en breve confió la continuación de esta empresa á un general, que como veremos, pronto avasalló á todo el imperio, y se encaminó hacia Occidente.

Carism.—Sus conquistas habían ensanchado su territorio hasta los confines del imperio carismiano, que se había levantado sobre las ruinas de los seljúcidas. Se llama Coaresm ó Carism á la comarca poco espaciosa que se prolonga serpenteando entre el Oxo y el mar Caspio, desde el Corasan hasta el país de los turcomanos; unas veces libre, otras dependiente de los Seljúcidas, hasta el momento en que el esclavo Nustekin se elevó á las primeras dignidades, y luego al gobierno del país, y se hizo príncipe independiente. Aladino Tekese, su nieto, fué el primero que enarboló en la bandera la media luna, adoptada después por los otomanos, con los cuales no se debe confundir á la nación intrépida que se atrevió á resistir á Gengis-kan. Bajo los monarcas seljúcidas era costumbre que la música militar tocara cinco veces á la hora de las cinco oraciones: veinte y siete príncipes, que formaban parte de ella, tocaban en tambores dorados con palillos incrustados de perlas. Aladino

mandó que este uso continuara en su descendencia, si bien sólo dos veces al día, á la salida y á la puesta del sol. Conquistó la Persia en 1187, pero la breve prosperidad de que este país disfrutaba bajo los califas, había ya perecido por la invasión de los oguzios, raza de turcos.

Aladino Mohamed.—Aladino Mohamed se halló soberano de todo el Carism, y negó el tributo que pagaba al imperio de Cara-Kitay; avasalló á algunos idólatras del Turkestan, y enseguida á la Transoxiana: de modo que trasladó en 1197 su residencia á Samarcanda, y ocupó el principado de los gúridas de la India, penetrando hasta el Ganges.

Naser, califa de Bagdad (1180-1225), había empleado todos sus esfuerzos en oponer un dique á los carimitas, no con sus propios ejércitos, porque ya no le quedaban al sucesor del Profeta, sino con los de los príncipes musulmanes. Para vengarse Aladino Mohamed, pensó en separar á los Abasidas del pontificado. No faltaron razones á los ulemas para justificar esta empresa. El nombre de Naser fué suprimido en las oraciones, y los descendientes de Alí creyeron al fin que había sonado la hora de un triunfo esperado por largo tiempo. El sultan respondió á los embajadores del califa, que le repetían las palabras con que el profeta ordena respetar la familia de Abbas, que los mayores males padecidos por esta familia eran obra de sus propios miembros, la mayor parte de los cuales nacían encarcelados y pasaban así su vida; que no descubría en Naser ninguna de las virtudes propias para hacerle digno de tan sublime puesto, y que el que le sustituyera las poseería realmente. Pero desistió del designio de asediar á Bagdad á consecuencia de las nuevas y ya espantosas hazañas de los mongoles: hasta tuvo que dividir entre sus cuatro hijos para conjurar el peligro, las provincias de la Persia, conquista reciente, y por consecuencia todavía mal afianzada.

Un grave descontento originaba allí la arrogancia de los turcomanos, este nombre, que significa semejante á los turcos, fué dado en persa á los soldados de Mohamed, que eran turcos, en efecto, pero cuyo lenguaje y cuyas costumbres se habían modificado. Enlazábase la misma repulsión á los cancales, quienes desde los arenales situados cerca del mar Caspio, se habían trasladado al imperio del Carism, donde habían adquirido importancia por su denuedo, y cuya soberbia todo se lo creía permitido. De esta nación era vástago Turcan-Katuna, madre de Mohamed, mujer de voluntad enérgica, que se titulaba soberana del mundo, reina de todas las mujeres, y cuyas órdenes no eran menos obedecidas que las de su hijo.

Gengis-kan envió de regalo á Mohamed plata en barras, vasos de almizcle, pedazos de jaspé, vestidos de una finísima lana blanca, pidiéndole la libertad del comercio y el vasallaje. En efecto, empezaron á entablar relaciones amistosas; pero habiendo mandado Mohamed dar muerte á cuatrocientos cincuenta individuos llegados en cali-

dad de mercaderes, y á quienes consideró como espías de Gengis-kan, el jefe de los mongoles lloró de rabia. Habiendo trepado á la cumbre de una montaña, se prosternó con el rostro en tierra, flotantes sus vestidos y la cabeza desnuda, implorando la venganza del cielo; y pasó así tres días y tres noches en plegarias y mortificaciones. Mohamed le exasperó con nuevos actos de hostilidad y de perfidia, vanagloriándose de ser elegido de Dios para exterminar á los idólatras; y á fin de que los hechos siguiesen á las amenazas, reunió tropas superiores en número y en disciplina á las del mongol; pero aunque pudo vanagloriarse de una victoria al primer encuentro, comprendió á cuán terribles enemigos había provocado.

Habiendo reunido Gengis-kan á los miembros de su familia y á sus principales oficiales, resolvió emprender una nueva y decisiva guerra contra Mohamed. Vanamente le opuso éste cuatrocientos mil persas: los anonadó al frente de setecientos mil mongoles disciplinados y acostumbrados á una obediencia ciega. Gengis-kan ocupó como vencedor la Transoxiana, y tomó á Bokara (1218). Al pasar á su entrada en la ciudad por delante de la mezquita, preguntó si era aquel el palacio del sultan, y como se le respondiera que era la casa de Dios, entró allí, subió al púlpito y dijo: *El campo está desprovisto; dad de comer á vuestros caballos.* Llevóseles enseguida pienso: sirvieron los libros santos de cama y los cajones donde estaban colocados de pesebres; se trajo vino: los bárbaros llamaron á aquel recinto bailarinas, cantatrices, y se entregaron á la alegría y al libertinaje, mientras escandalizados los doctores estaban obligados á cuidar de los caballos.

Después de haber hecho reunir los habitantes de la ciudad en el campo, Gengis-kan, subido en un púlpito, preguntó cuáles eran los más ricos de ellos; cuando le hubieron indicado doscientos ochenta, y les hizo un cargo de las perfidias del sultan, añadiendo: «Soy el azote de Dios; si no estuviérais tan cargados de pecados, Dios no me hubiese lanzado sobre vuestras cabezas. No os pido las riquezas que existen en la tierra, porque éstas nosotros mismos las sabremos encontrar, sino que os pido las que han desaparecido.» La ciudad fué saqueada (1219), los habitantes después de haber visto el deshonor de sus mujeres y los tormentos de los ricos, fueron repartidos entre los mongoles; en fin, el fuego devoró los edificios.

Toma de Samarcanda.—Después, esta feroz horda, siguiendo el delicioso valle de Sogd, lleno de jardines y casas de campo voluptuosas, fué á sitiarse á Samarcanda, llevando delante de sí sus prisioneros (1220). Aladino Mohamed cuya arrogancia se había convertido en desaliento, no sabía cómo huir; y como veía á los ciudadanos abrir un foso en derredor de Samarcanda, movió la cabeza exclamando: *Que arrojen en ellos tan sólo sus látigos, y esto bastará para cegarlos.* Si algún valor quedara aun á los habitantes, lo perdieron con estas pala-

bras, y se decidieron á capitular; pero fué enseguida desmantelada la ciudad, saqueada y entregada á fuego y sangre; treinta mil guerreros cancales perecieron degollados á sangre fría, multitud de ciudadanos sufrieron igual suerte; los demás fueron distribuidos entre los vencedores ó condenados á rescatarse con enormes sumas, y esta rica provincia quedó devastada. Abulfarag al-Sanjari, poeta persa, que huyó del poder de los tártaros, llora porque el sol no se levanta ya sino por Occidente. *Toda alegría está desterrada del universo, y los hombres no parecen nacidos sino para sufrir. En tantos países como he recorrido, no he encontrado alma viviente; y si por casualidad he encontrado alguna, no he visto en ella más que dos manantiales de lágrimas.*

El terror que esparcian estos destructores salvajes era tal, que la población abatida, no se atrevía á resistir. «He oído referir, dice Ibn-al-Ethir, muchos hechos que apenas son creíbles: tanto espanto había hecho concebir Dios á los corazones. Cuéntase que un caballero tártaro entró solo en una aldea muy poblada de la Mesopotamia, y empezó á asesinar á los habitantes uno después de otro, sin que ninguno de ellos se defendiese. Otro no teniendo arma para matar á un prisionero, le mandó postrarse en el suelo, mientras que iba á buscar una espada, y degolló al desgraciado que le había aguardado sin moverse. Véase lo que otro me ha referido. Estando viajando con diez y siete personas, vimos llegar un caballero tártaro, que nos mandó atarnos las manos los unos á los otros en la espalda. Mis compañeros hicieron lo que pedía, yo les dije: *Está solo, mátmosle y huyamos*; pero ellos respondieron: *Tenemos miedo. Y yo. Os degollará, mátmosle, y tal vez Dios nos ayudará á salvarnos.* A fe mía que nadie se atrevió á hacerlo; pero yo le herí con una puñalada, y huimos todos.»

Turcan Katuna, no creyendo en las promesas de Gengis-kan, huyó después de haber hecho degollar á todos los príncipes desposeídos por su hijo, pero fué cogida con el serrallo, degollados los hijos de Mohamed, repartidas sus mujeres y ella enviada á morir á Tartaria; y Mohamed, huyendo siempre delante de la tempestad que había provocado, no consiguió sino con grandes esfuerzos escapar de los que le perseguían. Reducido á faltarle lo necesario después de haber sido uno de los más poderosos monarcas de Oriente, murió en una isla inhabitada del mar Caspio, donde no se encontró un lienzo para envolver al que había desposeído á tantos príncipes.

Carism fué tomada y tratada con la ferocidad acostumbrada (1221). En Balk, ciudad enriquecida por el comercio, hicieron salir los mongoles á los habitantes, con el pretexto de contarlos y los degollaron todos; después prendieron fuego á la ciudad. Nichapur, que había sido la metrópoli del Carism en tiempo de la estirpe de los Cosroes, destruida ya en 1153 por los turcos oguzios, después en 1208 por un terremoto, había le-

vantado sus fortificaciones y se había vuelto á poblar; tres mil balistas y quinientas catapultas lanzaban la muerte desde sus barbacanas. Pero los mongoles la sitiaron con igual número de balistas, trescientas catapultas, setecientas máquinas de proyectiles incendiarios, cuatro mil escalas, y dos mil quinientas cargas de piedras. Pronto la tomaron, y durante cuatro días pasaron á cuchillo todo, hasta los perros y gatos. Instruido el vencedor de que algunos desgraciados habían escapado á esta carnicería acostándose entre los cadáveres, mandó decapitar todos los cuerpos que existían, y levantar pirámides, la una con cabezas de hombres, otra de mujeres, otra de niños: horrible monumento de la última matanza de la corte de Sapor. En otras partes se dió orden de esterminarlo todo, hombres y haciendas. En Herat perecieron, según se dice, seiscientos mil personas; y como el hijo de Gengis-kan se escusara en su presencia de haber perdonado por compasión á algunas, le respondió: «Te prohibo tener compasión; es una señal de flaqueza.» Y como se enorgullecían con la matanza, á fin de contar con prontitud los muertos, á cada mil cadáveres colocaban uno cabeza abajo y piés arriba.

Antes de invadir un país enviaba Gengis-kan á decir á su príncipe: *Si no te sometes, sabe Dios lo que será de tí.* Si el príncipe se hacía vasallo debía entregar rehenes, recibir gobernadores mongoles, pagar un enorme tributo, que frecuentemente era un diezmo de todas las producciones, sin escluir los hombres. Así se consumaba lentamente la ruina del país, ruina que se cumplía de pronto en los países invadidos á viva fuerza. No entraban allí los mongoles en un solo cuerpo, sino en varios destacamentos, que sin hacer caso del ejército enemigo ni de las fortalezas, se desbandaban pasándolo todo á cuchillo: el único medio de salvación era esconderse. Cuando más tarde invadieron la Hungría, rodeaban aldeas enteras y las quemaban con todo lo que contenían dentro. En las ciudades reunían á todos los habitantes dentro de la plaza, y desnudándolos completamente los degollaban uno á uno. Para divertir á sus hijos les daban las cabezas de los niños enemigos, para que las despedazaran á martillazos. Los más robustos eran conservados para ser esclavos, después de cortarles la nariz y las orejas. Las mujeres daban suelta á su cólera contra las mujeres, matando á las más hermosas y dándoselas de comer á sus maridos, dejando la vida á las feas para servirse de ellas como esclavas. En suma, parecía que aquellos bárbaros querían reducir el mundo á un inmenso desierto, para llevar allí á pastar libremente sus rebaños.

Armas de fuego.—Formidables catapultas, trabajadas por los prisioneros, demolian las murallas de las fortalezas que se cerraban delante de los mongoles; empleaban también el fuego griego, el agua de los ríos, las minas, las estratagemas más sutiles y más perfidas. Sin embargo, los chinos su-

pieron hacer uso contra ellos de un arma terrible, que los europeos no conocieron hasta más tarde. Cuéntase, en efecto, que cuando Gengis-kan asaltó á Kai-fung-fu (1222), se sirvieron los sitiados contra los mongoles de *pao de fuego*, que disparaban trozos de hierro en forma de ventosas, llenas de pólvora; cuando se les comunicaba fuego estallaban como el trueno, hasta tal punto que el estruendo se oía á cien li. El punto donde caían aquellos proyectiles se quemaba, cundiendo el fuego á más de dos mil piés á la redonda, y las corazas en que daban, eran atravesadas de parte á parte.» Para libertarse los mongoles de sus efectos abrían minas; pero para hacerlos salir los sitiados, ataban aquellas ventosas con cadenas de hierro y las bajaban de lo alto de las murallas; cuando habían llegado á las habitaciones subterráneas, las prendían fuego por medio de una mecha y aniquilaban á los trabajadores.

Desprovistos de sentimientos caballerescos, huían los mongoles sin sonrojo y hacían traición sin remordimiento. Concluida la campaña volvían á sus cuarteles por algunos meses, especialmente á fin de reponerse de sus caballos, empezando por talar el país á muchas millas á la redonda, y abandonándose luego á groseros placeres. Los esclavos que hacían á millares, eran más dignos de lástima que aquellos á quienes daban muerte: desnudos, sin alimento, se veían obligados á las más rudas fatigas y á pelear contra sus hermanos; arrancadas las mujeres á los claustros de los cristianos, ó á las voluptuosas clausuras de los mahometanos, eran espuestas al descarado libertinaje de una soldadesca tan brutal en los hechos como en las apariencias. Gengis-kan preguntó un día á sus oficiales, cuál era el mayor placer que podía saborear un hombre, y se le respondió: *Ir á la caza en primavera sobre un hermoso caballo, con un magnífico azor en la mano, y verle coger la presa.* El meneó la cabeza y repuso: *No, el mayor deleite es vencer á sus enemigos, llevarlos por delante, quitarles lo que poseen, ver llenas de lágrimas á las personas que les son queridas, montar sus caballos, abrazar á sus hijas y á sus mujeres.*

Gelaleddin Munk-bezni, el más resuelto de los hijos de Mohamed y el único que había sobrevivido, se había retirado del Carism hácia el Korassan, y llegado después á Gazna donde se le habían unido muchos turcomanos, se vió en breve obedecido por sesenta ó setenta mil ginetes; á su cabeza sorprendió y batió muchas veces á destacamentos mongoles. Pero encontrándose frente á frente de Gengis-kan, fué vencido á pesar de sus prodigios de valor; habiendo conseguido, no obstante, abrirse paso por medio de cadáveres enemigos, tiró su coraza, corrió hácia el Sind y se precipitó desde una altura de veinte piés, con el escudo á la espalda y la bandera en la mano; cruzó á nado, mientras que maravillado Gengis-kan, se lo presentaba como modelo á sus hijos. Incorporándosele en la opuesta orilla un escaso número de los

suyos, faltos de todo, se dirigió á Dehli, donde dominaba un turco que en unión del rey de Lahor, era el más poderoso entre los pequeños príncipes que se habían hecho independientes después de la caída del imperio de los Guridas.

No tardaron los mongoles en llevar la desolación al corazón de la India, interin Gengis-kan acababa de someter y de talar el Corassan. Luego, ora por capricho, ora por saciedad, después de derramar tanta sangre, resolvió volver á la Mongolia por la India y el Tíbet (1225). Ordenó á los prisioneros, cuyo número se elevaba á veinte ó treinta por tienda, limpiar una enorme cantidad de arroz; y luego hizo que fueran degollados todos en una noche. Viendo después que sería en extremo difícil continuar el camino por el Tíbet, volvió á tomar el que había seguido para entrar en Persia, matando á los pocos infelices que habían vuelto á las ruinas de las ciudades, y destruyendo á su paso las mieses; lo cual redujo á perecer de hambre á los habitantes refugiados en los bosques, mientras que los rebaños que seguían al ejército, le servían para su subsistencia.

Había tenido por compañeros en sus expediciones á sus hijos y á sus sobrinos, aguerridos en la matanza con su ejemplo: al mismo tiempo sus generales habían ido á sembrar el espanto en Europa. Ju-chi sometió el Capchak, es decir, los inmensos valles meridionales del Volga y del Ural (1223), llamados por los antiguos Escitia, más acá del Imayo, y Sarmacia asiática. Esta comarca tenía por habitantes los restos del imperio turco, los pechinecos, los uzos, llamados después polovzos por los rusos, es decir, habitantes de las llanuras, cumanos por los húngaros y los griegos; y de aquí el nombre de Cuban que quedó á este país, de donde emigraron entonces diez mil familias, que fueron acogidas por el emperador Juan Ducas Vataces, y otras que se refugiaron en Rusia. Después de haber dado la vuelta al mar Caspio, cruzado el Cáucaso y atravesado los desfiladeros de Derbend, derrotó Ju-chi á un resto de alanos, y se puso á perseguir á los uzos, que á menudo infestaban el territorio de las poblaciones eslavas é inquietaban á Kiof (1224), y que reuniéndose entonces á los rusos, intentaron contener á los mongoles, aunque fueron vencidos en Kalka.

Cuando asaltados los polovzos junto al Don por los mongoles, reclamaron el auxilio de los rusos, congregados los príncipes en Kiof, y comprendiendo perfectamente que una vez aniquilados sus vecinos, les amenazaba la misma suerte, resolvieron hacer causa común con ellos contra los mongoles; y aunque éstos protestaran no tener intenciones hostiles respecto de ellos, mataron á sus embajadores. Se dió una batalla en Kaleza; y allí fueron derrotados los rusos y perseguidos sus restos hasta el Dnieper (1222). Pero una orden de Gengis-kan llamó á los mongoles á nuevas empresas.

Subutay, otro general á quien había encargado perseguir á los carismitas, se apoderó de sus

inmensos tesoros y recibió la sumision del príncipe cristiano de la Georgia, residente en Tauris, que en vano había intentado resistirle aliándose con los príncipes del Aderbiyan y de la Mesopotamia. Luego instaló su campamento en la llanura de Muga, que vino á ser después residencia habitual de los generales mongoles y de los descendientes de Ulagu (1221).

Caracorum capital.—Después de haber destruido en seis años el imperio que abarcaba á Balk, Bokara, Samarcanda, el Turkestan, el Corassan, el Carism, el Mawarannahar y gran parte de la Persia hasta la India, Gengis-kan escogió á Caracorum por capital de sus Estados. Esta ciudad, llamada Holin por los chinos, está situada casi en el mismo grado de latitud que Paris entre los rios Tula y Ongon. El terrible mongol había vuelto á entrar en China para derrocar allí la dinastía de los Kin, cuando le sorprendió la muerte en medio de las matanzas y de las victorias (18 agosto de 1227). Dijo á sus hijos antes de espirar. «Con la ayuda de Dios os he adquirido un imperio tan vasto, que en un año no se puede llegar desde el centro á sus estremidades. ¿Quereis conservarlo? permaneced unidos; obrad de concierto para aniquilar á vuestros enemigos y elevar á vuestros amigos. Uno solo de vosotros debe ocupar el trono, y designo para que lo ocupe al tercero, Oktay.» Después de haber indicado lo que convenia hacer para alcanzar la victoria y mandado matar al rey de los tungusos tan luego como hubiera capitulado, murió á la edad de 63 años, después de haber reinado 22. Como había dispuesto ocultar su muerte, fué trasladado en secreto á la Mongolia, y se dió muerte á cuantos encontrara el convoy en tan larga travesía. Cuando llegó á la Gran Horda se proclamó su muerte: corrieron á llorarle los grandes de su inmenso imperio: luego se le sepultó en las montañas del Burkan-Caldun, y la selva que creció en rededor de su sepulcro, fué la residencia real de sus sucesores.

Gengis-kan fué considerado como un dios por su nacion, que había sacado de la miseria y de la oscuridad para elevarla á ser terrible dominadora. Quería, segun dicen, sujetar con sus armas al mundo, del que Dios le había concedido el imperio; y no pudiendo terminar la mision que había comenzado, la trasmitió á sus hijos. Debió sus triunfos al valor más audaz, unido á la astucia más profunda; y al oír la relacion de sus hazañas, se diria que no es un hombre sino la peste, un incendio, un terremoto ú otras fuerzas de la naturaleza que, sordas á los gemidos de las víctimas, consuman irresistiblemente su obra de destruccion. Fué poderosamente secundado por la absoluta obediencia de los suyos. Quería que sus oficiales tuviesen siempre á sus hombres prontos á montar á caballo á la primera señal. *El que manda bien una decena, decia, merece que le confie el millar. Pero si un jefe de diez conduce mal á los suyos, lo castigo con la muerte, á él, á su mujer é hijos, y elijo otro en*

la decena. Otro tanto hago con los jefes de centenás, mil y diez mil. Y añadía: He confiado el mando á los que reunian el talento y el valor; los bagajes á los que eran diestros y diligentes; á los pesados les pongo un látigo en la mano y les hago guardar los rebaños, ocupando de esta manera á cada uno segun su capacidad, y sosteniendo el orden y la disciplina, he visto aumentarse mi poder de día en día, como la luna nueva.

Leyes de Gengis-kan.—Este conquistador dotado del genio de la destruccion, fué no obstante el legislador de su pueblo. El *Ulugyassa*, coleccion de sus leyes, escrita en lengua mongola con caracteres uigueros, era consultado con veneracion en las circunstancias importantes (6). Instituyó postas como en China, limpió los caminos de la Tartaria de las mesnadas de tribus independientes, y se vanagloriaba de haber establecido el orden y la justicia entre los suyos, entre quienes reinaba antes la insubordinacion y la desconfianza. La pena capital castigaba el homicidio, el robo, el adulterio, la sodomia, al que perdía por tercera vez los capitales que se le confiaban, al que ocultaba á esclavos fugitivos, ó los objetos hallados, ó el arma que otro había dejado caer combatiendo; al que usaba sortilegios para hacer daño, ó al que en los duelos favorecia á uno de sus adversarios contra el otro. Con respecto á los vencidos, su muerte estaba consignada en una tarifa; la vida de un musulman costaba cuarenta baliscos de oro, y la de un chino el valor de un asno.

En la opinion de los mongoles nadie debía en la primavera y en verano bañarse en agua corriente; meter las manos ó sacarlas con un vaso de oro ó plata, lo que segun ellos, atraía el rayo, muy frecuentes en aquellas regiones. Si alguno de ellos era herido del rayo, debía purificarse todo lo que poseia pasando entre dos hogueras, se destruía su casa y se desterraba á la familia, sin que ninguno de sus individuos pudiese entrar hasta pasados tres años en la horda de un príncipe. Conforme con estas ideas Gengis-kan prohibió severamente derramar orines en el agua ó en las cenizas, echar en la corriente los tizones del fuego, los restos de una mesa ó de un plato, lavarse allí las manos ó los vestidos. Todo el que degollaba animales á la usanza de los musulmanes debía ser degollado; debía abrirse el pecho, introducir en él la mano y arrancarle el corazon. Se debía un lugar en los banquetes á cualquiera que se presentaba, y una parte de los manjares servidos en la mesa; y los mongoles hacian manjares aun con las cosas más repugnantes (7).

Gengis-kan recomendaba no favorecer una religion más que otra, sino tratarlas á todas con

(6) Puede verse su traduccion en el *Journal Asiatique*, Enero, 1842, pág. 93-103.

(7) *Cibi eorum sunt omnia que mandí possunt, vidimus eos etiam pediculos manducare.* JUAN DE PIANO CARPIGNI.

igualdad, importándole poco á la divinidad la manera con que se la honrase. Esceptuó en consecuencia de contribuciones y cargos á los ministros de todos los cultos, como tambien á los pobres, médicos y sabios. Tenia quinientas mujeres y con-

cubinas, lo selecto de las hermosuras mongolas y prisioneras: cada capitan debía pasar revista á las cautivas hechas por su compañía para regalar al rey y á los príncipes las que reunian más atractivos.